

RELACIONES AL FILO DE LA ESPADA: INCISIONES EN LA DIPLOMACIA Y CONVIVENCIA ENTRE CASTELLANOS Y JAPONESES EN FILIPINAS (1572-1645)

Alonso de Rojas Pascual
Universidad Complutense de Madrid
<https://orcid.org/0000-0003-2497-6430>

MANILA COMO PUNTO DE UNIÓN ENTRE ORIENTE Y AMÉRICA

En 1565 llegó Miguel López de Legazpi a las Islas Filipinas, dando comienzo a la presencia española en el archipiélago. En 1571 se fundó la ciudad de Manila, que acabaría siendo la capital de la Capitanía General de las Islas Filipinas, perteneciente al virreinato de la Nueva España; y dos años después se conectó Extremo Oriente con América a través del llamado Galeón de Manila, que cubría la ruta entre dicha ciudad y Acapulco, convirtiéndose en el principal motor económico del archipiélago (Díaz-Trechuelo, 2001: 153).

A través de este comercio, los productos asiáticos llegaban al mercado americano, abasteciéndolo de productos de lujo tan cotizados como la porcelana y la seda. Este lucrativo comercio pronto atrajo a comerciantes de la zona, destacando principalmente los chinos, cuyos números crecieron rápidamente; y en menor medida, a los japoneses. Las relaciones con este pueblo nunca fueron fáciles, tanto a nivel diplomático como local. Empezaron con mal pie por la presencia de los piratas *wakō*, y luego se torcieron aún más por los afanes expansionistas de Toyotomi Hideyoshi. Sin embargo, el comercio con Japón, aunque más modesto que el chino, tuvo su importancia y se buscó por varios medios mantener la comunicación y la amistad. En el siglo XVII hubo una década de buenas relaciones, en las que incluso se planteó la posibilidad de una ruta directa que conectara Japón con Nueva España; pero las fricciones religiosas, acrecentadas con el tiempo, terminaron por echar a pique todos los proyectos, poniendo fin al comercio y dejando a una comunidad japonesa asentada en Filipinas sin perspectivas de volver a su tierra.

En este trabajo repasaremos las vicisitudes de las relaciones diplomáticas entre japoneses y castellanos en el contexto de las Islas Filipinas para ponerlo en relación con la convivencia entre ambos pueblos en la ciudad de Manila, capital del archipiélago.

LOS *WAKŌ*: PIRATAS Y COMERCIANTES

Previamente mencionamos a los *wakō*. Es de destacar que, en esta época, tanto en China como en Japón, los comerciantes no gozan de una gran popularidad: son vistos como inferiores, pues se dedican a una actividad despreciada por los cánones confucianistas (Mungello, 1999: 3). En Japón, apenas había distinción entre comerciante y pirata, y era frecuente que las mismas personas se dedicaran a ambas actividades. En un principio, los temidos piratas que acosaban las costas de China eran japoneses, pero el acuerdo comercial entre el *bakufu* Ashikaga y el emperador Yongle les puso coto a mediados del siglo XV. Un siglo después, cuando se rompen las relaciones comerciales entre ambos imperios de nuevo, los *wakō* vuelven a surgir, en esta ocasión con gran presencia china (Dardess, 2012: 21).

Apenas tres años después de la fundación de la ciudad de Manila, fue precisamente un gran pirata chino el que puso en jaque el asentamiento: Limahong, perseguido por las autoridades chinas, acosó a la ciudad durante meses. Uno de sus oficiales de más relevancia era Sioco, un japonés (Sola, 2012: 19), pues era frecuente que las tripulaciones acogieran a varias nacionalidades. Tras varios enfrentamientos, Limahong fue repelido, pero no capturado, lo que hubiera ayudado a avanzar en las relaciones con China.

Los *wakō* japoneses fueron una constante durante el siglo XVI, pues sabían que los hispanos tenían problemas a la hora de defender los nuevos territorios y la población indígena estaba desprotegida en un primer momento. Como decíamos, la diferencia entre pirata y comerciante no estaba clara, y a menudo estos *wakō* estaban patrocinados por los *daimyō* de Kyūshū (Ubaldo, 2013: 44). Estos dos agentes habían formado una red de contactos que defendía

sus intereses comunes, que no eran otros que enriquecerse. De esta manera los *wakō* gozaban con la financiación y respaldo de figuras importantes, mientras que los señores contaban con un ingreso fuera del archipiélago que les confería mayor autonomía. Siguiendo esta línea, una colonia japonesa se había formado en Aparri, al norte de Luzón, para servir de base de comercio y para las acciones piráticas. Concretamente, los japoneses llegaban buscando oro, pieles de venado, cera y almizcle¹; a la par que traían armas y bastimentos (Tremml-Werner, 2015: 149; Morga, 1997: 266).

La figura que destacan las fuentes hispanas es la del pirata Taifuzu, o Tay Fusa, quien había fortificado Aparri y estaba llevando a cabo incursiones en la región de Cagayán. Se estima que había allí entre 600 y 800 japoneses (Tremml-Werner, 2015: 149; Borao, 2005: 26), de los cuales la armada de Pablo de Carrión, enviada a frenar las incursiones, mató a más de 200 (Morga, 1997: 58). Los supervivientes de Aparri se desplazaron a Bolinao, en Panganián (Sousa, 2018: 406); donde también tenían presencia, y contaban con el puerto de Agoo en Ilocos, no muy lejano. Aunque les habían expulsado de Aparri, la capacidad de respuesta de los hispanos seguía siendo poco potente, por lo que en los años siguientes los piratas japoneses siguieron acosando Cagayán².



Mapa 1. Principales puertos ibéricos en el Pacífico Norte a finales del s. XVI. Elaboración propia basada en Google Maps.



Mapa 2. Contexto de Extremo Oriente. Elaboración propia basada en Google Maps.



Mapa 3. Norte de Luzón (Filipinas), destacando las provincias con presencia japonesa (Cagayán, Ilocos y Panganián) y los principales enclaves. Elaboración propia basada en Google Maps.

LOS DAIMYŌ DE KYŪSHŪ

Mientras las primeras relaciones con japoneses en el archipiélago eran tensas, el mismo año en el que Carrión se enfrentó a Taifuzu se ponía en marcha un grandioso proyecto de la mano del visitador jesuita Alejandro Valignano: enviar una embajada de jóvenes nobles japoneses a Europa, conocida como la embajada Tenshō. Los jesuitas llevaban en Japón desde 1549, cuando llegó Francisco Javier, y habían tenido éxito evangelizando la isla de Kyūshū, pues los *daimyō* descubrieron que el hecho de ser católicos favorecía el comercio con los portugueses (López-Vera, 2018: 4).

¹ Archivo General de Indias (AGI), Filipinas, 6, R.1, N.7, *Carta de Legazpi sobre falta de socorro y descubrimientos*, 23 de julio de 1567.

² AGI, Filipinas, 18A, R.3, N.15, *Carta de Vera sobre necesidades, indios, minas, etc.*, 20 de junio de 1585, Manila; AGI, Filipinas, 18A, R.3, N.16, *Carta de Vera sobre situación y necesidades*, 20 de junio de 1585, Manila.

El primer contacto oficial en oriente se produjo en 1584, cuando un barco español naufraga cerca de Hirado (ver Mapa 4). El *daimyō* local, Matsura Shigenobu, recibió a los españoles, de entre los cuales destacaremos a fray Francisco Manrique, prior y vicario general de los agustinos; y a fray Juan Pobre, franciscano. En las conversaciones se plantearon las relaciones comerciales, y al año siguiente un barco de Hirado fondeaba en la bahía de Manila. Las noticias no podían ser más favorecedoras, pues no solo los japoneses de Hirado iban a ir a comerciar cada año a Manila, sino que el propio Shigenobu se había declarado vasallo de Felipe II³. No tardó mucho en responder a las maniobras de su acérrimo rival Oumura Sumitada, de nombre cristiano Bartolomé, *daimyō* de Nagasaki, quien había favorecido a los jesuitas cediéndoles la ciudad homónima y participado en la promoción de la embajada Tenshō; de forma que en 1586 un barco de Nagasaki también visitó las Filipinas. Este barco naufragó, pero sus viajeros se salvaron y fueron bien acogidos por el gobernador, forjándose así también relaciones de amistad y comercio con Nagasaki (Sola, 2012: 26-28)⁴.

Sin embargo, no todo eran buenas noticias. Las fuentes nos dan el nombre del capitán del barco de Hirado de 1586: Joan Gayo. Este personaje vino a Manila con dos intenciones: por un lado, conocer al gobernador, reafirmar las buenas relaciones y poner a su servicio tropas japonesas, tanto cuyas propias como ofrecidas por el padre del *daimyō*; con las que podrían tomar algún reino vecino y «ganar honrra» al servicio de Su Majestad, Felipe II⁵. Por el otro, este japonés se estaba reuniendo con don Agustín de Legazpi, cabecilla indígena, que estaba preparando una rebelión a gran escala contra los españoles, pidiendo ayuda a Japón y Borneo. El plan consistía en que los japoneses les proveían con armas y les apoyaban con hombres para matar a los españoles, a cambio de tributo y tierras en el archipiélago. El plan se destapó y los cabecillas responsables fueron apresados, incluido el intérprete japonés que actuó como intermediario, Dionisio Fernández, que acabó ahorcado⁶. Ante esta situación, los recelos hacia los japoneses estaban fundados, más con el miedo que ya se tenía a la creciente población china. Debido a ello, el barco de 1588 solo pudo permanecer durante el tiempo de venta de sus mercancías (Borao, 2005: 28-29); y a la tripulación de 1589 se la encarceló debido a la gran cantidad de armas que traían, aunque una vez aclarado que su intención solo era comerciar se les permitió proceder, abasteciéndose así la ciudad⁷. Con esto vemos cómo los japoneses juegan a dos bandas, pues como decíamos, a veces los *daimyō* patrocinaban a los *wakō*, y aquí les tenemos enviando cartas de amistad y buscando el comercio con los españoles a la par que negocian con los indígenas un alzamiento. Como cuenta Antonio López, chino ladino, en 1593, sobre estos asuntos, muchos de los japoneses involucrados estaban asentados en Hirado, e incluso algunos habían participado en las incursiones piráticas⁸.

En 1590, por otro lado, un grupo de comerciantes japoneses le envió una petición al obispo de Manila solicitando el envío de padres franciscanos para la evangelización de Japón, pues los jesuitas habían sido expulsados en 1587. El motivo de elegir a los franciscanos fue su labor en la asistencia en los años anteriores, con el tema de la rebelión y las detenciones; por haberse encargado de sus necesidades espirituales y, por supuesto, tener entre sus filas intérpretes de japonés⁹, pues estaban a cargo de la colonia japonesa de Dilao, en Manila (Gil, 1991: 450). Los franciscanos estaban deseosos de poder viajar a Japón libremente, al igual que las otras órdenes, pues llevaban varios años de pleitos con los jesuitas y portugueses, que defendían contar con la exclusividad de los asuntos japoneses a nivel comercial y espiritual¹⁰.

TAICOSAMA, SEÑOR UNIVERSAL DE JAPÓN

La situación iba a dar un vuelco en 1591, pues el año anterior Toyotomi Hideyoshi, conocido como Taicosama en las fuentes españolas, entre otros nombres, había consolidado su puesto como

³ AGI, Filipinas, 84, N.46, *Carta del franciscano Juan de Plasencia sobre varios asuntos*, 18 de junio de 1585, Manila; AGI, Filipinas, 18A, R.3, N.15, *Carta de Vera sobre necesidades, indios, minas, etc.*, 20 de junio de 1585, Manila; AGI, Filipinas, 18A, R.3, N.16, *Carta de Vera sobre situación y necesidades*, 20 de junio de 1585, Manila; AGI, Filipinas, 79, N.17, *Carta del agustino Francisco Manrique sobre evangelización de China y Japón*, 1 de marzo de 1588, Macao.

⁴ AGI, Filipinas, 6, R.6, N.61: *Carta de Vera sobre pobreza de la gente de guerra, etc.*, a 26 de junio de 1586: Manila.

⁵ AGI, Filipinas, 18A, R.5, N.32: *Copia de carta de Vera al virrey sobre situación, japoneses*; 25 de junio de 1587, Manila.

⁶ AGI, Filipinas, 18A, R.7, N.47: *Carta de la Audiencia de Manila sobre sublevaciones, etc.*, a 13 de julio de 1589: Manila.

⁷ AGI, Filipinas, 18 A, R.7, N.49: *Carta del fiscal Ayala sobre situación general*, a 15 de julio de 1589: Manila.

⁸ AGI, Patronato, 25, R.50: *Trato del embajador del Japón con Gómez Pérez Dasmariñas*; 1593.

⁹ Archivo Histórico Nacional (AHN), Diversos-Colecciones, 26, N.12, *Declaración de japoneses sobre no existir jesuitas en Japón*, a 5 de junio de 1590: Manila; AHN, Diversos-Colecciones, 26, N.9, *Informaciones sobre Japón*, a 1587, Manila.

¹⁰ AGI, Filipinas, 84, N.50: *Carta de agustinos de Manila sobre varios asuntos*, a 22 de junio de 1586: Manila; AGI, Filipinas, 6, R.6, N.61, *Carta de Vera sobre pobreza de la gente de guerra, etc.*, a 26 de junio de 1586, Manila; AGI, Filipinas, 79, N.16, *Carta de agustinos y franciscanos sobre discordias con portugueses y jesuitas en China*, a 6 de julio de 1587, Macao.

señor de Japón. Fue un gobernante muy enérgico que tomó numerosas medidas para tener controlada a la población, como confiscar las armas de todo aquel que no fuera un samurai o expulsar a los jesuitas (Schirokauer et al., 2014: 155). El comercio no iba a ser una excepción. Para ello implementó el sistema del sello rojo, *shuinjo*, para que solo pudieran comerciar aquellos que tuvieran su permiso expreso (Iaccarino, 2013: 104). Manila le interesaba como contrapeso al monopolio portugués, y por ello envió un embajador ese año a la ciudad. El embajador iba a ser Harada Kiuemon¹¹, quien intentó conseguir la recomendación de Alejandro Valignano en vano. No solo no la consiguió, sino que Valignano envió a un contacto suyo, un japonés llamado Pedro Rionchin, con una misiva avisando al gobernador de Filipinas sobre esta embajada que, aparentando amistad, buscaba el vasallaje¹². Kiuemon, por su parte, alegó estar enfermo y envió en su lugar a su sobrino y vasallo, Harada Mangoshichiro, de nombre cristiano Gaspar. Siguiendo la recomendación de Valignano, los manileños le dieron largas al embajador japonés. Una de las excusas fue que no era una persona de la categoría adecuada para esa misión, otra era que no contaban con intérpretes de confianza que pudiesen traducir las cartas y asegurar el buen entendimiento de estas, pues no querían que las palabras del poderoso Hideyoshi fuesen malinterpretadas.

Como forma de ganar tiempo enviaron al dominico Juan Cobo con una embajada para Hideyoshi. Junto a él viajaría el capitán Lope de Llano, y contaría con la ayuda del chino Antonio López, gobernador de los chinos de Manila en ese momento; y Juan Samí, maestro en letras chinas. Desembarcaron en Satsuma, al sur de Kyūshū, desde donde el fraile escribió tanto a Hideyoshi como Kiuemon, que estaban en Nagoya, la base de Hideyoshi en la isla de cara a la invasión de Corea. Estando allí se encontraron con el capitán Juan Solís, comerciante peruano que llevaba un tiempo tratando de salir de Japón (López-Vera, 2015: 71). Quizás por influencia suya, Cobo se negó a entrevistarse con los jesuitas y los *daimyō* cristianos. Finalmente se presentó ante Hideyoshi, que le recibió bien y agasajó; pero él no se presentó como embajador. En sus entrevistas, Hideyoshi descubrió que tanto portugueses como españoles servían al mismo rey y la extensión de los territorios bajo su mando, por lo que jamás iba a reconocerle como superior (Sola, 2012: 36; Cervera, 2015: 67). Esta vez Kiuemon no pudo excusarse y Hideyoshi le ordenó acompañar de vuelta a Cobo para devolver la embajada. Esta puede resumirse en que Hideyoshi quería saber si los españoles eran amigos o enemigos. En caso de ser amigos, abre la posibilidad de las buenas relaciones y el comercio; y en caso de ser enemigos, les invadiría. Cobo, que a pesar del buen recibimiento, desconfía, y asesorado por Antonio López, quien no dejaba de defender los intereses de los chinos cristianos; decide partir antes que el resto de la expedición, dejando atrás a Kiuemon, a pesar de que le había desaconsejado partir. Como este no logró convencerle, le pidió cartas que certificaran quién era y que le acompañase el propio Antonio¹³.

Mientras, en Filipinas, los *wakō* seguían acosando las costas de Ilocos y rondando el archipiélago, haciéndose pasar por comerciantes para atraer a españoles e indígenas. Estando sobre aviso, los indígenas pudieron hacerles algo de frente, y los prisioneros eran enviados a Manila para servir en galeras. Sin embargo, traían palabras poco halagüeñas: «pues aguardad, que, desta hecha, o todos emos de morir, o esta tierra a de ser nuestra»¹⁴. A ello se le sumaban los rumores que contaban los chinos, en especial el ya conocido Antonio, que decía que había oído que Kiuemon debía volver con la obediencia del archipiélago, y que, en caso de no conseguirla, comunicarles a los japoneses que residían allí que no podían volver a Japón, so pena de muerte; entre otras cosas. Esto choca con las cartas de Cobo, quien descartaba la invasión de las Filipinas por parte de Japón, pues su objetivo en ese momento era Corea; e incluso que los franciscanos podrían hacer una buena labor. Eso sí, sin dejar de ser cautos en el trato y ganando tiempo para terminar las fortificaciones¹⁵.

El gobernador escuchó la recomendación de ganar tiempo y esperó un tiempo al regreso de Cobo, el cual nunca regresó, pues su navío había naufragado en Taiwán y había encontrado la muerte (Gil, 1991: 48). Por tanto, como respuesta a la embajada de Kiuemon, en la que se hablaba de la amistad, el envío de religiosos y la regularización del comercio; se envía a un franciscano, fray Pedro Bautista, con el fin de seguir ganando tiempo. La embajada tuvo un éxito que no esperaban, pues Hideyoshi les recibió amistosamente en su Corte en Miyako (la actual Kyōto) y les ofreció casa y sustento para llevar a cabo su labor evangelizadora¹⁶. En la parte diplomática,

¹¹ Llamado generalmente «Faranda» en las fuentes.

¹² AGI, Filipinas, *Carta de G. P. Mariñas sobre situación general*, 18B, R.2, N.5, a 31 de mayo de 1592, Manila.

¹³ AGI, Filipinas, *Testimonio sobre embajador de Japón, Faranda y Juan Cobo*; a 1 de junio de 1593, Manila.

¹⁴ AGI, Filipinas, 18B, R.2, N.8, *Carta de G. P. Mariñas sobre ataque japonés*, a 31 de mayo de 1592, Manila.

¹⁵ AGI, Patronato, 25, R.50, *Trato del embajador del Japón con Gómez Pérez Dasmariñas*, 1593.

¹⁶ AGI, Filipinas, 84, N.91, *Petición para que se vean informaciones sobre mártires de Japón*, a 29 de mayo de 1600.

esta vez la respuesta iba dirigida a Felipe II, recayendo el llevar la embajada en el capitán Pedro González de Carvajal, quien había devuelto a Kiuemon a Japón. Su contenido se puede resumir en que Hideyoshi se declaraba amigo del rey, y que, si esta amistad era correspondida, podía prestar apoyo militar a Manila; además de frenar las peticiones de sus vasallos de marchar a tomar el archipiélago. Finalmente, también manifestaba su deseo de contar con naves capaces de cruzar el océano¹⁷.

Mientras esperan la respuesta de la Corte española, la dinámica filipino-japonesa se sumergió en un tira y afloja de amenazas de invasión frente a declaraciones de amistad, siguiendo la fina línea que la política exterior de Hideyoshi traza entre los amigos/vasallos y los enemigos/terrores a conquistar. La misión del gobernador de Filipinas, Luis Pérez Dasmariñas, recién entrado en el cargo tras la muerte de su padre, era mantener ese fino equilibrio sin llegar a rendir obediencia a la par que no provocaba una invasión¹⁸. La respuesta desde Manila la llevó otro franciscano, fray Jerónimo de Jesús, pero Hideyoshi no respondió, suspendiéndose las comunicaciones oficiales por dos años (Sola, 2012: 45), estando al corriente los manileños de los sucesos y estado de las cosas de Japón por la pluma de los franciscanos.



Mapa 4. Principales lugares de Japón mencionados. Elaboración propia basada en Google Maps.

1596 fue un año determinante en las relaciones con Hideyoshi. Los franciscanos escribían que las cosas marchaban bien y no había nada que temer, pero el 19 de octubre todo cambió con el naufragio de la nao *San Felipe*. Es un tema sobre el que se han escrito ríos de tinta, ya en la propia época, por las consecuencias que tuvo. De forma breve: la nao naufragó en Urado, en la isla de Shikoku, y los hispanos fueron bien acogidos por el *daimyō*. Sin embargo, les incautaron la mercancía y cada vez les ponían más trabas y limitaban sus movimientos. Por ello se envió una delegación a visitar a Hideyoshi, para arreglar el entuerto y conseguir la ayuda y permisos esperados. Por su lado, Hideyoshi había enviado a un oficial para tratar el tema de la nao en Urado. Al parecer, unos portugueses que no reconocían a Felipe como su soberano se habían entrevistado con Hideyoshi y le habían hablado del método de conquista hispano en América, enviando primero frailes para convertir a la población al catolicismo para que se alzara cuando llegaran los ejércitos; y que la nao que había naufragado estaba allí para recabar información y practicar el curso, como paso previo a la invasión y conquista de Japón¹⁹. Debido a esto Hideyoshi decidió no devolver la mercancía y encerrar a los españoles, misioneros y japoneses cristianos con el fin de crucificarlos²⁰. Gracias a la intervención del que fue embajador, fray Pedro Bautista, la pena se redujo a los franciscanos y sus ayudantes japoneses del convento de Miyako, desembocando en los famosos mártires de Nagasaki.

Ante la desesperada situación, el nuevo gobernador, Francisco Tello de Guzmán, decidió enviar la primera embajada no compuesta por religiosos, en manos del capitán de infantería Luis de Navarrete y Fajardo²¹. Como presente enviaban nada más y nada menos que un elefante, que tenían en Manila llegado como presente del rey de Camboya en 1594 (Gil, 1991: 74). El elefante causó sensación y Hideyoshi llamó prontamente al embajador. Este argumentó que simplemente había hecho cumplir las leyes de su país, tanto en cuestión de la carga de la nao como en la crucifixión de los religiosos; y que lamentaba lo ocurrido y deseaba las buenas relaciones. Sin

¹⁷ AGI, Filipinas, 6, R.7, N.110, *Carta de Pedro González de Carvajal sobre su viaje a Japón*, 1594; AGI, Filipinas, 6, R.8, n. 115, *Carta de L. P. Mariñas sobre embajada de Pedro González*, 25 junio 1594, Manila.

¹⁸ AGI, Filipinas, 6, R.8, N.114, *Testimonio de carta de emperador de Japón, acuerdo respuesta*, 22 abril 1594, Manila.

¹⁹ AGI, Filipinas, 18B, R.7, N.62, *Carta de Tello sobre naufragio del San Felipe cerca de Japón*, 18 mayo 1597, Manila.

²⁰ AGI, Filipinas, 18B, R.7, N.86, *Carta del conde de Monterrey sobre galeón San Felipe*, 3 de diciembre de 1597, México; AGI, Filipinas, 79, N. 28, *Relación de la arribada al Japón del galeón San Felipe y martirio de franciscanos*, 1597.

²¹ AGI, Filipinas, 18B, R.7, N. 61, *Carta de Tello sobre posible ataque de Japón*, 19 de mayo de 1597, Manila.

embargo, Navarrete no vivió para devolver la embajada (Morga, 1997: 126-128). Recibieron las noticias del deseo de amistad y comercio de manos de un importante *daimyō*, Katō Kiyomasa, que envió un navío a Manila²². Hideyoshi había demostrado que no era de fiar, y los españoles hacían bien en desconfiar, pues por otro lado Harada Kiuemon había conseguido el ansiado permiso de Hideyoshi para emprender la conquista del archipiélago filipino, lo que impulsó a los hispanos a establecer bases en Taiwán, otro de los objetivos de los japoneses²³. Por fortuna para la región, Hideyoshi murió el 16 de septiembre de 1598 (tres días después que Felipe II), poniendo fin a sus proyectos de conquista exterior.

EL CAMBIO CON LAS POLÍTICAS DE DAIFUSAMA

Hideyoshi dejó un Consejo de regentes a su muerte para que gobernara el país mientras su hijo alcanzaba la mayoría de edad, pero el más poderoso de ellos, Tokugawa Ieyasu, llamado Daifusama en las fuentes españolas, tenía otros planes: quería el poder para sí mismo. En 1600 se celebra una de las más importantes batallas de la historia japonesa, Sekigahara, tras la que Ieyasu consiguió la hegemonía al aplastar a sus opositores y consolidar sus aliados. Pero remontémonos a un poco antes. Fray Jerónimo de Jesús, que había actuado como embajador con Hideyoshi, había permanecido oculto en Japón por orden de fray Pedro Bautista después de que eludiera la detención y crucifixión de los franciscanos. En algunos círculos ya se apostaba por Ieyasu como sucesor de Hideyoshi, por lo que, a la muerte del segundo, el fraile decidió acercarse al primero para ir sembrando la nueva etapa de las relaciones con Japón. Ieyasu quería tomar un acercamiento a la política externa radicalmente diferente a su predecesor: donde Hideyoshi abogaba por la amenaza y conquista, Ieyasu prefería la diplomacia y el comercio. En su mente estaba ganarse el favor español, para equilibrar la balanza del poderío portugués en Nagasaki, de cara a conseguir el comercio con América (Iaccarino, 2013: 210-211). La presencia de fray Jerónimo era perfecta para estos planes, por lo que manifestó su buena predisposición y su deseo de comercio, queriendo conectar Manila directamente con sus tierras de Kantō (Morga, 1997: 165-167), desplazando de esta manera la preponderancia de Kyūshū en el comercio exterior.

De nuevo las relaciones diplomáticas estaban en manos de los franciscanos, primero con fray Jerónimo, que parece ser que llegó a ser bastante cercano a Ieyasu, y luego en las de fray Pedro de Burguillos, que recoge el testigo a la muerte de fray Jerónimo en 1601 (Sola, 2012: 64). Las nuevas relaciones parecían prometedoras: a la muerte de Hideyoshi la actividad de los piratas en las costas filipinas se intensificó, pero el nuevo Gobierno fue severo con ellos, ajusticiando a sesenta de ellos a su regreso a Japón (Gil, 1991: 81). Además, las Filipinas estrenaban gobernador, don Pedro Bravo de Acuña, y por lo que cuenta fray Pedro de Burguillos, coincidió a su llegada con el navío en el que viajaba el enviado de Ieyasu (Sola, 2003: 18). Lo que pedía Ieyasu era similar a lo que se habló con Hideyoshi: la implantación del sistema *shuinsen*, barcos del sello rojo, que eran los autorizados para comerciar con el exterior, proponiendo seis como el número de los que irían a Manila; y que les enseñasen a construir barcos capaces de resistir el viaje transoceánico. A lo primero se dio luz verde, a lo segundo el gobernador se excusó alegando que no tenía potestad para tomar esa decisión y debía consultarse con Madrid, retrasando de esa manera varios años la respuesta (Gil, 1991: 86). Por lo que nos cuenta Morga (1997: 198), la primera respuesta se perdió en el mar, por lo que Acuña la envió de nuevo con una comitiva de frailes de varias órdenes, ofreciéndose además para mediar en el tema de la contratación con Nueva España y enviar una nave anual a Kantō, tal y como deseaba Ieyasu (Iaccarino, 2013: 71). De esta manera, durante los siguientes siete años, una nave hispana partió anualmente desde Manila con intención de llegar a Kantō, aunque muchas veces se quedaron a medio camino, irritando a Ieyasu (Gil, 2010: 157; Morga, 1997: 215).

En ese mismo año de 1602 se produjo un incidente que hizo peligrar esas buenas relaciones que recién se establecían: otra nao española, la *Espíritu Santo*, naufragó en Shimizu, cerca de Urado, donde se había perdido la *San Felipe*. El proceder fue similar: el *daimyō* les recibió bien y les garantizó su seguridad, se envió una delegación a la Corte de Ieyasu para pedir permiso para zarpar; y aunque les fue concedido y llegó una carta de Ieyasu garantizando la apertura de los puertos japoneses y la amistad, los españoles veían que los japoneses se estaban armando y cerrando la salida del puerto, por lo que, temiendo que les atacaran, decidieron huir por la fuerza en el momento, dejando atrás a parte de la tripulación y escapando a tiro de cañón y arcabuz contra las naves japonesas²⁴. Los que quedaron atrás fueron hechos prisioneros y enviados a

²² AGI, Filipinas, 6, R. 9, N.140, *Carta de Tello remitiendo copia de Cata Canzuyeno Camidano*.

²³ AGI, Filipinas, 18B, R.7, N.65, *Carta de Tello sobre ataque japonés a Formosa y Manila*, 19 de junio de 1597, Manila.

²⁴ AGI, Filipinas, 19, R.3, N.55, *Carta de Morga sobre llegada de Acuña, socorro de Terrenate*, 1 diciembre 1602, Manila.

leyasu, quien los liberó y devolvió a Manila en la nave anual del año siguiente (Iaccarino, 2013: 77-81).

Ieyasu lamentó lo ocurrido y escribió reafirmando la amistad. Aún más, dio permiso al gobernador para ejecutar a los japoneses que causasen problemas en Filipinas, y para evitar que se repitiera otro incidente como el de Shimizu, envió ocho chapas para que llevaran las naves españolas y demostrar que estaban amparadas por él. La voluntad era buena, pero empezaba a despuntar un punto de fricción: la religión. Los jesuitas se habían manifestado en contra de la presencia de las otras órdenes en Japón y estaban causando problemas, por lo que pide que no se envíen más religiosos, pues Japón ya cuenta con sus «camis y fotoques», es decir, el shintoísmo y el budismo, y no necesitan una ley extranjera (Morga, 1997: 238-242).

Ahora debemos detenernos un momento para hablar de los japoneses asentados en Filipinas. Con la destrucción de los enclaves piratas y el comienzo del comercio regular con Kyūshū se estableció una comunidad japonesa en Manila (Tremml-Werner, 2015: 283). En 1592, con el miedo a la invasión, el gobernador Gómez-Pérez Dasmariñas decidió hacer con los japoneses lo mismo que ya se había hecho con los chinos: concentrar su población en un punto para tenerlos controlados y limitar sus movimientos, y el lugar elegido fue Dilao (Borao, 2005: 29, 31). Al igual que ocurría con los chinos, más teniendo en cuenta las amenazas de Hideyoshi, este núcleo era fuente de preocupación para sus vecinos, pues sabían que eran «gente gallarda y de mucho brío» que podían dar muchos problemas a los españoles si «llegaran a las manos» (Morga, 1997: 233-234). Por otro lado, actuaban como contrapeso cuando eran los chinos los que causaban problemas, como en la rebelión de 1603 (Gil, 1991: 447). Sin embargo, los celos de los españoles llevaban a veces a tomar medidas que, como en el caso de 1603, provocaron precisamente los alzamientos que tanto temían. Cuando la situación se volvía crítica, usaban el mismo recurso que en la península se había usado con las gentes que ocupaban la misma categoría conceptual, es decir, judíos y musulmanes: la expulsión (García-Abásolo, 2012: 42). La primera expulsión se produjo en 1596, a raíz del incidente del *San Felipe*, fijándose el número de japoneses en 500. A pesar de ello, siguieron viniendo, y para el cambio de siglo algunas fuentes hablan de más de 1500 (Sousa, 2018: 411). En 1606 se planteaba de nuevo su expulsión, y por una serie de factores, que son la regulación del tráfico comercial por las autoridades españolas y del *bakufu*, la ausencia del gobernador y la muerte de un japonés por una trifulca con un español; se produjo un alzamiento japonés que fue sofocado por la intercesión de jesuitas y franciscanos (Iaccarino, 2013: 139). Tras ello, con la Audiencia asumiendo el mando a la muerte del gobernador, se plantea someter a los japoneses a prestaciones personales, como hacían con chinos y filipinos, lo que causó nuevos alzamientos en 1607 y 1608, concluyendo con la destrucción de Dilao y la expulsión de los japoneses (Borao, 2005: 35).

Recordemos que por licencia de Ieyasu, los españoles tenían permiso para ejecutar a los japoneses que causaran problemas. Ese mismo año entró al puesto de gobernador interino don Rodrigo de Vivero y Aberrucia, partidario de retomar las relaciones y comercio con Japón con buen pie, por lo que liberó a 200 presos de los alzamientos y los envió de vuelta a Japón como señal de buena voluntad (Gil, 1991: 143). Tanto Ieyasu como su sucesor, Hidetada, respondieron con alegría a las señales de amistad del nuevo gobernador. Se abrió un puerto a los españoles en Uraga, a un día de viaje de Edo (actual Tōkyō); y se reiteró el permiso para ejecutar a los sediciosos (Morga, 1997: 244). En 1609 entró en el puesto de gobernador don Juan de Silva, por lo que Vivero regresaría a Nueva España. De camino naufragó en Japón, oportunidad que no iba a dejar pasar para tratar de granjear unas relaciones aún mejores. Fue bien recibido por Honda Tadatomo, señor de Otaki; y viajó a Edo y Sunpu para entrevistarse con Hidetada e Ieyasu. Sus propuestas pueden resumirse en cinco puntos: 1) Acceso a un puerto en Kantō de la misma manera que los portugueses tienen Nagasaki, en el que puedan recalcar las naos que van a Nueva España y sean surtidas a precios aceptables. También que se sondeen los puertos y que la población local acuda en el socorro de las naos que vengan derrotadas. 2) Que pueda residir un embajador del rey en la corte y reciba un trato adecuado a su posición, incluyendo una iglesia. 3) Que se envíen mineros a Japón, repartiendo lo beneficiado entre ellos, el rey de España y el emperador de Japón. Requerirían de iglesia y legalmente estarían sujetos al embajador y capitanes de naos. 4) Que expulsen a los neerlandeses. Recalca este punto. 5) Que se le entreguen a Vivero chapa y provisión real para tratar estos asuntos con el rey²⁵.

En estos momentos las relaciones estaban en un punto de inflexión, pues por un lado Vivero aprovecha su oportunidad y parte con embajadas para México y Madrid en 1610, acompañado de

²⁵ AGI, Filipinas, 193, N.3, *Copia de las cláusulas y condiciones que don Rodrigo de Vivero propuso al Emperador de Japón para tratar con su Majestad*, 20 de diciembre de 1610, Fushimi. En *Carta del marqués de Salinas informando sobre Japón*, imágenes de PARES 33-40.

unos cuantos comerciantes japoneses (Gil, 191: 259); pero por otro había dos factores de peso que hacían recelar a los hispanos: el primero, el creciente favor que estaban ganando las Provincias Unidas, como ya vemos en uno de los puntos de Vivero; y el incidente de la *Madre de Deus* (Gil, 1991: 244). Este se produjo en 1609 a raíz de la muerte de unos embajadores japoneses en Macao, por lo que cuando quien era el gobernador en ese momento llegó a Nagasaki a cargo de la nao de Macao, fue requerido por leyasu para aclarar cuentas. El portugués se negó y, viéndose acorralado por los japoneses, voló su nave (Gil, 1991: 186, 212). A raíz de ello, Silva decidió que no se enviarían naves españolas a Japón. Y no solo ello, sino que ese suceso dio pie a que se produjera una serie de corrupciones y conspiraciones, conocidas como el caso Daihachi, cuyos principales integrantes eran japoneses cristianos, en la propia Corte de leyasu; lo que dio comienzo de nuevo a las persecuciones de cristianos (Gil, 1991: 369; Iaccarino, 2013: 336-339).

A pesar de ello, las perspectivas de comercio directo con América, algo que quería leyasu desde hacía tiempo, impulsaron las relaciones un poco más. En respuesta a la embajada mexicana llevada por Vivero llegó en 1611 Sebastián Vizcaíno, cuya misión era, además de la embajada en sí, cartografiar las costas japonesas y buscar las Islas Ricas. En ese proyecto se ganó el favor de Date Masamune, el importante *daimyō* de Sendai; pero no se granjeó las simpatías de la Corte. Tras varios naufragios, Vizcaíno se vio desamparado y sin apoyo del *bakufu*, y tampoco estaba en gracia con los franciscanos, a quienes culpaba de sus males (Sola, 2012: 93-96). Mientras Vizcaíno trataba de tener éxito en sus proyectos, la respuesta a la embajada había sido otorgada a fray Luis Sotelo, franciscano que llevaba unos años en la corte de leyasu. Al igual que Vizcaíno, él también naufragó y volvió a Japón (Iaccarino, 2013: 286). En 1613 le encontramos detenido y condenado a la hoguera, y solo fue salvado por la intercesión de Masamune, pues también contaba con su favor (Gil, 1991: 295-296). De esta manera, juntándose estos tres personajes, Masamune, Vizcaíno y Sotelo, en Sendai, nace el proyecto de la embajada Keichō, una expedición que llevaría a un cortejo de japoneses a México, Madrid y Roma, en un periplo que duraría unos siete años hasta el retorno del cabecilla a su hogar. Las expectativas, sobre todo las de Sotelo, eran muy altas, pero dadas las circunstancias y el ambiente anticristiano que comenzaba a forjarse; y el hecho de que la expedición partiera de las manos de un *daimyō* y no del *bakufu*, la expedición resultó en un fracaso a nivel diplomático.

EL DECLIVE DE LAS RELACIONES

Mientras la embajada Keichō viajaba, la situación en Japón se recrudecía, prohibiéndose el cristianismo en 1614 (Tremml-Werner, 2015: 207). Debido a ello muchos japoneses que no quisieron renunciar a su fe se vieron obligados a marchar al exilio, siendo sus destinos los dos centros católicos más cercanos: Macao y Manila. En Manila fueron bien acogidos, siendo el más relevante de los japoneses, don Justo Ukon, recibido por el gobernador. Se fundó un nuevo asentamiento, San Miguel, con una casa de mujeres recogidas para las beatas japonesas y un seminario para formar a misioneros japoneses que pasaran desapercibidos cuando fueran a evangelizar a su tierra (Borao, 2005: 37-38).

Por otra parte, aquella primera embajada de leyasu a Madrid ya había recibido respuesta y estaba a la espera en México para partir hacia Japón. Esta sí había sido exitosa y se iba a permitir el comercio directo con Nueva España (Sola, 2012: 97-98), pero las noticias que llegaban desde Japón cambiaron la decisión a que los japoneses no regresaran. La embajada estaba de nuevo en manos franciscanas, a cargo de fray Diego de Santa Catalina, una pobre elección teniendo en cuenta que se acababa de prohibir el cristianismo en Japón, con el agravante de que los samurai cristianos habían apoyado al hijo de Hideyoshi contra leyasu en la campaña de Osaka poco antes. Santa Catalina no fue recibido, sus regalos rechazados y, tal y como nos cuenta el propio fraile (relación reproducida por Gil, 1991: 457-475)²⁶, la estancia y el regreso a Nueva España no estuvieron exentos de sobresaltos.

Estando Santa Catalina en Japón murió leyasu, de forma que Hidetada adquirió el poder *de facto*. El nuevo *shōgun* tenía menos simpatías aún por los católicos y favoreció a los ingleses y neerlandeses, que contaron con puestos comerciales en Kyūshū. Tras el fracaso de la embajada de Santa Catalina se envía de nuevo a los japoneses a su tierra, recalcando el que no vuelvan (Gil, 1991: 426-434), poniendo fin al tráfico entre Japón y Nueva España. El comercio entre Japón y Manila continuó, pero no así las relaciones diplomáticas hasta 1623, cuando Hidetada abdica en su hijo Iemitsu, momento que aprovecha el gobernador de Filipinas para enviar una nueva embajada, que también fue rechazada (Gil, 1991: 450). Desde la Corte de Madrid se ordena que

²⁶ AGI, México, 28, N.49, *Carta del virey Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcázar*, 13 marzo 1617, México.

se siga intentando, pero con gran moderación y que, sobre todo, las embajadas no parezcan de reconocimiento²⁷.

El último intento con fuerza fue a finales de la década, aprovechando un enfrentamiento entre neerlandeses y japoneses en Taiwán en 1627. Sin embargo, la acción diplomática se vio frustrada por la quema de un barco de sello rojo japonés en Siam por el general Juan de Alcarazo al año siguiente. Se realizó una junta en Manila sobre el suceso, que determinó que había sido injusto, por lo que se liberó a los japoneses con la oferta de que, si se reinstituían las buenas relaciones, les devolverían lo robado por Alcarazo. Las condiciones de los españoles eran cuatro: levantamiento del veto comercial de los hispanos en Japón por motivos religiosos, que se recibiera a las embajadas, que se resolvieran los agravios pasados y que, cómo no, se abandonaran los planes de conquista (pues la idea estaba recobrando fuerza impulsada por los ingleses). En 1630 llegaron enviados de Nagasaki y Satsuma para protestar por este suceso y buscar el comercio, pero su verdadera intención era evaluar el terreno de cara a la conquista. Por suerte para los manileños, se abandonó esa empresa a la muerte de uno de los enviados (Borao, 2005: 42-44; Tremml-Werner, 2015: 250-251).

Finalmente, Japón decidió cerrar sus fronteras al extranjero. En primer lugar, en 1633 se ordenó el retorno de los japoneses que vivían fuera del archipiélago, provocando que muchos de los japoneses no cristianos de Manila regresen a su tierra (Borao, 2005: 47). Dos años más tarde, la Corona dio por finalizadas las relaciones con Japón oficialmente; y Japón expulsó a los extranjeros, a la par que prohibió la salida de japoneses, en 1636 (Gil, 1991: 456; Morga, 1997: 248). La excepción fueron los neerlandeses, que además, vuelven a proponer la toma de las Filipinas. El *bakufu* aprobó el proyecto, pero se vio frustrado por la rebelión de Shimabara, momento en el que Japón decidió centrarse en sus asuntos internos (Borao, 2005: 47). Aunque las relaciones hubieran terminado de manera oficial, la Corte no perdió el interés por Japón, como demuestra una cédula de 1659, en la que se ordena que se siga intentando conseguir información y establecer la comunicación con Japón²⁸.

RELACIONES AL FILO DE LA ESPADA

Como podemos apreciar, las relaciones entre japoneses e hispanos estuvieron marcadas por la tensión y la búsqueda del beneficio propio. Por un lado, tenemos a los japoneses que residen en Filipinas, en un primer momento hostiles, siguiendo el modo de vida de los *wakō*; luego amistosos al comenzar a perseguirse duramente estas actividades tanto desde Manila como Japón, de forma que se asientan en la capital filipina y participan en el próspero comercio que ofrecía el Galeón. Al igual que pasó con los chinos, la población japonesa creció, incitando el miedo de sus vecinos europeos, que los veían como gente dada a los problemas y que, además, sabía luchar. A ello se le suma la difícil diplomacia con Hideyoshi, cuya aspiración es convertirse en señor del mundo, bailando en el filo entre no darle el reconocimiento y no provocar una invasión.

Con la muerte de Hideyoshi las cosas vuelven a un estado parecido al anterior: se comercia amistosamente con los *daimyō* de Kyūshū y se hace frente a los piratas. La diferencia está en el interés de Ieyasu, que quiere volver a poner a Japón en el mapa cosechando buenas relaciones comerciales con sus vecinos, en vez de la agresiva manera de su predecesor. Con un gran papel de los frailes franciscanos, que ya desde las embajadas a Hideyoshi son casi omnipresentes en estas relaciones diplomáticas, el comercio prospera y se llega a acuerdos; aunque la cuestión religiosa es un punto de conflicto que hace que las miras de Japón se centren en los ingleses y neerlandeses, enemigos de los españoles, para quienes comercio y religión no van de la mano.

Resulta llamativo cómo las dicotomías están tan presentes en estos tratos, pues mientras que los hispanos cuentan con su mejor momento con el naufragio de don Rodrigo de Vivero en Japón y la puesta en marcha de los acontecimientos que desembocarían en la embajada Keichō; a la par se destapa la corrupción en el caso Daihachi y comienza la persecución de los cristianos. El comercio marcha bien, pero las condiciones que ponen los hispanos no. Con la muerte de Ieyasu la situación se agrava y las relaciones se van hundiendo con el fracaso de la embajada a Europa y el rechazo a la procedente de Nueva España.

Se siguen intentando las cosas a la vieja usanza, pero ya no funcionan: la lista de agravios es larga y otros actores en la zona son de mayor interés para Japón, pues los neerlandeses e ingleses ofrecen una alternativa muy atractiva al monopolio portugués y el celo evangelizador

²⁷ AGI, Códices, L. 723, *Cedulario de Indias*, tomo 40, N.15, fol. 7v., 9 de octubre de 1623, Madrid; AGI, Códices, L. 723, *Cedulario de Indias*, tomo 40, N. 54, fol. 44, 21 noviembre 1625, Madrid.

²⁸ AGI, Códices, L. 723, *Cedulario de Indias*, tomo 40, N.135, fol. 122, 25 de agosto de 1659, Madrid.

hispano. En 1636 cae la espada, cortando las relaciones definitivamente, aunque posteriormente se hagan algunos tímidos intentos de reiniciarlas.

A pesar de todo ello, siempre estuvo presente una comunidad japonesa en los alrededores de Manila. Independientemente del clima diplomático, los castellanos siempre la percibieron como una posible amenaza, aunque también como un contrapeso frente a los chinos. Un importante punto de inflexión en esta población fue el destierro de los japoneses católicos en 1614, pues fueron recibidos con grandes honores y se les dieron facilidades para asentarse: serían japoneses, pero habían elegido la fe católica antes que su patria. Y eso es algo que los castellanos valoraron y permitió que la comunidad japonesa se mantuviera después del fin de las relaciones diplomáticas con Japón.

REFERENCIAS

- BORAO MATEO, José Eugenio: «La colonia de japoneses en Manila, en el marco de las relaciones de Filipinas y Japón en los siglos XVI y XVII», *Cuadernos CANELA* 17, 2005, pp. 25-53.
- CERVERA, José Antonio: *Cartas del Parián. Los chinos de Manila a finales del siglo XVI a través de los ojos de Juan Cobo y Domingo de Salazar*. Ciudad de México: Palabra de Clío, 2015.
- DARDESS, John W.: *Ming China 1368-1644. A concise history of a resilient empire*. Maryland: Rowman & Littlefield Publishers, 2012.
- DÍAZ-TRECHUELO, Lourdes: *Filipinas. La gran desconocida (1565-1898)*. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra, S.A., 2001.
- GARCÍA-ABÁSULO, Antonio: *Murallas de piedra y cañones de seda: Chinos en el Imperio español (ss. XVI-XVIII)*. Córdoba: Servicio de publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2012.
- GIL, Juan: *Hidalgos y samurais. España y Japón en los siglos XVI y XVII*. Madrid: Alianza Editorial, 1991.
- GIL, Juan: «De Cipango a Japón». Eduardo GARCÍA CRUZADO (coord.), *Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América*, tomo I. Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, 2010, pp. 146-163.
- IACCARINO, Ubaldo: *Comercio y diplomacia entre Japón y Filipinas en la era Keicho (1596-1615)*. Tesis de Doctorado. Barcelona: Universitat Pompeu Fabra, 2013.
- KRAHE NOBLETT, Cinta: *La China Imperial (1506-1795)*. Madrid: Editorial Síntesis, 2017.
- LÓPEZ-VERA, Jonathan: «La Embajada Tenshō (1582-1591), adolescentes japoneses en la Europa del siglo XVI», *HistoriaJaponesa.com*, 2018.
- LÓPEZ-VERA, Jonathan: «Descripciones de Japón para Felipe II: El Imperio del sol naciente visto por el Imperio donde nunca se pone el sol». Osami TAKIZAWA; Antonio MÍGUEZ SANTA CRUZ (eds.), *Visiones de un mundo diferente. Política, literatura de avisos y arte namban*. Córdoba: Centro Europeo para la difusión de las ciencias sociales, 2015, pp. 59-86.
- MUNGELLO, David. E.: *The Great Encounter of China and the West, 1500-1800*. Maryland: Rowman & Littlefield Publishers, 1999.
- MORGA, Antonio de: *Sucesos de las Islas Filipinas*. Madrid: Ediciones Polifemo, [1609] 1997.
- SCHIROKAUER, Conrad; LURIE, David; GAY, Suzanne: *Breve historia de la civilización japonesa*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2014.
- SOLA, Emilio: *Relación de Pedro Burguillos sobre el Japón del inicio de los Tokugawa*. Colección: Archivos-Pacífico, 2003.
- SOLA, Emilio: *Historia de un desencuentro. España y Japón, 1580-1614*. Alcalá: Fugaz Ediciones, 2012.
- SOUSA, Lucio de: *The Portuguese Slave trade in Early Modern Japan*. Leiden: Brill Academic Pub., 2018.
- TREMML-WERNER, Birgit: *Spain, China, and Japan in Manila, 1571-1644. Local comparisons and global connections*. Amsterdam: Amsterdam University Press, 2015.